

Laura Norton

Ante todo,
mucho karma



LAURA NORTON

ANTE TODO, MUCHO KARMA



ESPASA © NARRATIVA

© Laura Norton, 2017
© Espasa Libros S. L. U., 2017

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño
Ilustración de cubierta: ©Cover Kitchen

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B 23683-2016
ISBN: 978-84-670-4776-9

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Unigraf, S. L.

Espasa Libros S. L. U.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

1

EL MOMENTO ITALIANO

No sé por qué me viene a la memoria justo ese momento. Supongo que porque define de una manera precisa, con una precisión que duele, cómo fueron esos primeros meses con él. Con Aarón. Como un verano perfecto, así fueron. Como ese verano de descubrimiento y de deseo, de tardes eternas bañándote en el agua de la piscina donde el olor del cloro se mezcla con el de césped cortado, entre el alboroto y las aguadillas. Un verano en el que los amigos son el centro del universo y hasta lo imposible puede pasar y una tarde pasa y le robas un beso a él, a ese chico que nunca creíste que te iba a mirar y... ahí está, juntando sus labios a los tuyos y por un instante sientes que no puede haber una persona más feliz sobre la faz de la tierra. Así fueron esos once meses con él. De una perfección imposible.

Hasta que un tiempo después todo se rompió, claro. Y solo hubo una persona que tuviera la culpa. Yo. Qué raro, ¿verdad? ¿Cómo era la teoría del efecto mariposa? El aleteo de una mariposa en Europa puede provocar un tsunami en Japón. Algo así. Pues solo bastó algo minúsculo, un giro tonto del destino, un mal karma que me había ganado a pulso, supongo, no sé, para que yo provocara un maremoto de dimensiones épicas y me llevara a donde estoy ahora, en el fango. Pero vayamos paso a paso. Y empecemos por ese momento perfecto para que así pueda regodearme más en la caída, para que todo duela más, porque me lo merezco, por pava, por obtusa y sobre todo por gilipollas.

Y yo que creía que había aprendido algo estos dos últimos años.

Era un sábado de abril, de esos que a veces te regala Madrid con una temperatura cálida que anuncia de manera engañosa el tiempo de la manga corta y los helados, cuando en realidad aún falta mucho para el verano. Desde la calle Velarde, en pleno corazón del barrio de Malasaña, se oía a la gente en las terrazas y a los niños en la plaza jugando al balón. Aún vivíamos en la casa de mi abuela, justo encima de la que había sido mi tienda de plumas, el Ave del Paraíso, mi sueño fracasado, y sabiendo que pronto nos tendríamos que mudar a otro lugar, porque el edificio necesitaba una reforma estructural, aunque yo me negaba a aceptarlo. Aarón se acababa de tumbar en la cama, mientras yo dibujaba con pocas ganas el boceto de un diseño que se me atascaba, pero me daba igual, porque lo tenía a mi lado, solo para mí, tan desnudo y tan Aarón. Él había puesto en Spoty una canción de Arisa, la acababa de descubrir y quería compartirla conmigo. Los primeros acordes de *L'amore è un'altra cosa* empezaron a sonar colándose en el cuarto y llenando la atmósfera de algo sensual, que a mí me transportó a una Italia de los años sesenta, de color sepia, de vestidos vaporosos y de vermús en la piazza Navona. Esa Italia que quizás solo haya existido en las películas, pero benditas películas. Aarón tarareaba los primeros acordes enredando sus dedos en mi pelo y mirándome de esa manera que a mí me volvía codiciosa, codiciosa de más Aarón, de más miradas como aquella. Si es que era posar sus ojos sobre los míos y yo sentirme Gwyneth Paltrow en *El talento de Mr. Ripley*. Y él, él era mucho más que Jude Law. Él era Aarón. Y estaba ahí para mí. Solo para mí. Y yo iba a explotar de felicidad. Supongo que la canción y esos meses increíbles ayudaban a que yo me sintiera de esa manera, una Gwyneth Paltrow perdida en Italia, embriagada de amor y de deseo. Ay, qué ridículo es intentar plasmar la felicidad con palabras. Qué ridículo, qué inútil y qué banal. Pero no se me ocurre mejor manera de describir lo que fuimos durante esos meses. Fuimos felices. Y lo sabíamos. Porque aunque la felicidad es siempre algo que ya pasó, solo existe al echar la vista

atrás, a veces es tan rotunda, tan obvia, que se cuele en el presente y uno se descubre afirmando que aquí y ahora soy feliz. Momentos de tal plenitud que quisieras atrapar en una gota de ámbar.

—¿Sabes esas impresoras que imprimen en 3D? —le pregunté, mientras perdía mi mano un poco más abajo de su espalda.

—Sí, ¿la necesitas para el trabajo?

—No, pensaba que me gustaría hacer una foto de este instante e imprimirla en 3D y luego encerrarla en una esfera de esas con nieve. Para eternizar este momento tan italiano y tan perfecto que estamos viviendo.

—Para el momento italiano la nieve sobra.

—Vale, pues una bola de nieve sin nieve. Pero con nosotros en 3D dentro. Para que nunca se nos olvide lo felices que fuimos.

—Que somos —corrigió.

—Ya... —dije de manera algo melancólica, tal vez imaginando, o profetizando, que nada de eso podía durar, que ya iba a estar yo ahí para cagarla. Como si supiera que no era digna de tanta felicidad. Un sicólogo podría deducir que yo me sentía culpable porque le había robado el novio, qué digo novio, el futuro marido a mi hermana y que por eso no me creía merecedora de mi pedacito de felicidad.

—¿Qué ocurre, Sara?

Le miré. Nada. Cómo te voy a decir lo que me pasa. Cómo te voy a decir que tengo tanto miedo de que esto se acabe que a veces me descubro a mí misma negociando con el destino un día más, unas horas más, como una condenada a muerte que ya no espera una conmutación de su pena, no es tan ilusa, sino unas horas de vida, antes de que todo acabe.

Por supuesto que no se lo dije. Que ya sabía yo lo tremenda que me ponía en estos estados de amor arrebatado y no quería asustarlo, que aunque Aarón no era de susto fácil, tampoco era cuestión de ir provocándolo con mis pensamientos funestos y exagerados.

—Sara...

—¿Qué?

—¿Y si tenemos un hijo?

Tendría que haberle dicho que no. Que claro que quería tener hijos y que claro que los quería tener con él. ¿Cómo no iba a querer? Si hacía años que tenía planeados los nombres, Guillermo si era niño y Henar si era niña. ¿Y con quién mejor que con Aarón? Pero le tendría que haber dicho que aún era pronto, que estábamos en la cresta de la ola de nuestro amor, que nos merecíamos, bueno, no sé si nos lo merecíamos, pero que deberíamos seguir disfrutándonos el uno al otro un rato más, unos meses más, unos años más. Y todo era tan nuevo, tan divertido, tan excitante. Había conseguido a Aarón y quería disfrutar con él y con su mundo todo lo que pudiera. Quería exprimir la vida a su lado. Me encantaba colarme en los ensayos de su grupo, escucharle cantar y rasgar la guitarra, que me dedicara sus canciones, integrarme con los chicos de la banda, compartir sus bromas, sus angustias, sus bocadillos. Todo me venía bien: acudir a sus conciertos, esperarlos en el *backstage*, alargar las noches hasta la madrugada o acabar la fiesta en la casa de Malasaña. Mi hermana se unía muchas veces, siempre trayendo a ligues diferentes, y yo, por primera vez, no me sentía intimidada ni acomplejada por ella. Fuimos más hermanas que nunca, e incluso cuando se acercaba a Aarón y bromeaban con chistes privados, a mí no me molestaba, porque me sentía tan segura de su amor que entendía que entre los dos aún quedara esa complicidad.

Lo que estábamos viviendo pasaba muy pocas veces en la vida, al menos a mí, y era una pena y una insensatez no apurarlo hasta el infinito, aunque el infinito se acabara, qué se yo, en dos o tres años. Y sí, yo ya tenía treinta y uno, al igual que él, y por supuesto que era una edad perfecta para iniciar una familia, pero no pasaba nada por querer seguir robándole a la vida más momentos italianos, más momentos perfectos en los que estuviéramos solos nosotros dos. Y claro que quería compartir esa felicidad con un bebé, pero intuía que, con

un niño, el maravilloso equilibrio que habíamos encontrado podría tambalearse.

Y no solo era por miedo al desequilibrio, y a que la burbuja en la que estábamos estallase con los lloros del niño, con los cambios de pañales, con las horas de insomnio, es que tampoco era el mejor momento a nivel laboral. Porque él empezaba a estar a tope de trabajo, cada vez tenían más conciertos, la canción que me había compuesto y a la que yo había llenado de plumas en su videoclip se había convertido en un éxito inesperado, el éxito casi siempre es así, y hasta los más pesimistas de su compañía de discos hablaban de la posibilidad de ganar un Grammy latino con ella. Cada vez le reconocía más gente por la calle, cada vez sonaban más en la radio, y no solo eran los conciertos los que se multiplicaban, le querían en todos lados, en fiestas, en presentaciones y en todo tipo de eventos. Y aunque a muchos decía que no para estar conmigo, a otros no podía negarse. Y en esos casos él insistía en que le acompañara y, aunque me daba vergüenza compartir alfombra roja con él, me dejaba convencer y alguna que otra vez acabamos immortalizados en las páginas de las revistas del corazón. Quién me lo iba a decir, yo en el *Cuore* o en el *Diez Minutos*, como la chica misteriosa, sin nombre, a la que se veía a menudo con el cantante de moda. Y qué bien nos lo pasábamos en esas salidas. Era como revivir el lado eufórico y feliz de la adolescencia. Y sin granos, ni agobios, ni descontrol hormonales.

A nivel profesional yo también estaba enfrascada en algo muy gordo. Algo que me tenía entre el entusiasmo y el acojone. Mario, el director del videoclip de las plumas de Aarón, hablaba en serio cuando me dijo que me quería diseñando el vestuario de su tercera película, una historia alucinada y alucinante sobre Carlos V adolescente, una película de corte fantástico entre el terror y lo histórico y cargada de sensualidad. Mario me veía a mí, tenía que ser yo, decía, y quería que me volviera loca con mis propuestas, que echara a volar mi imaginación. Yo sabía que no estaba preparada para ese reto porque nunca había llevado el vestuario de una película y porque ese proyecto me venía grande por todos lados. Pero

en casa todos me habían animado. Mi hermana Lu desde la rotundidad más absoluta:

—¿Serás capaz de decir que no? Si no lo haces, eres gilipollas. Y ya lo has hecho mucho en tu vida como para seguir haciéndolo.

Lu me hablaba con esa seguridad que da el haber triunfado en todo lo que se proponía. Su carrera de modelo iba en ascenso, se la rifaban ya en todas las pasarelas del mundo y empezaba a ganar dinero «de verdad» después de trabajar casi gratis durante años, o eso decía. Así que no entendía por qué su hermana iba a tener menos fortuna que ella. Si, total, solo era cuestión de atreverse, como ella hacía con todo. Y si a ella siempre le salía bien, ¿por qué no me iba a suceder a mí lo mismo?

Mi padre creyendo en todo mi potencial:

—Tú puedes con eso y con lo que te echen. Si lo llevas en los genes. Y si yo he sido capaz de reinventar mi carrera en China, a mi edad, a ver por qué tú no vas a ser capaz de hacer el vestuario de una película. —Mi padre estaba irreconocible, con un vigor y una energía asombrosa. Sus nuevos proyectos de China le habían rejuvenecido veinte años. Otros a su edad estarían cansados de tanto viaje, de tanto ir y volver de Hong Kong, pero a él se le veía pletórico.

Y mi madre sin acabar de creérselo pero encantada de que no quisiera volver a la tienda de plumas:

—Hija, total, si la fastidias, solo es una película. Y a lo mejor hasta suena la flauta, ¿no? Cosas más raras se han visto. —Mi madre era la que menos había cambiado estos meses. Siempre creyendo en mí. Ja. ¿Volver con mi padre le había sentado bien? ¿Era feliz? Con mi madre nunca se sabía.

Y mis amigos, David y Chusa, que en principio estaban más preparados que yo para asumir un encargo como el que me ofrecía el director, al fin y al cabo habían terminado sus estudios en la escuela de diseño y ya habían hecho sus primeros aunque precarios desfiles, me aseguraron que me retirarían el saludo si cometía la estupidez de no lanzarme de cabeza.

—Y que a lo mejor hasta nos puedes meter en el equipo. ¡No puedes decir que no!

Aarón también estaba de acuerdo. ¿Cómo iba a rechazarlo?

—Has nacido para esto, Sara. Es la oportunidad de tu vida. ¿Y qué si te faltan conocimientos? Pues los adquieres. ¿Y qué si te falta técnica? Pues contratas a los mejores para que te echen una mano.

—No sé...

—Tú piensa que tienes tiempo por delante. Que la película en el mejor de los casos se rodará en uno o dos años. ¿Me vas a decir que en ese tiempo no vas a poder prepararte?

Y en eso no le faltaba razón. Era tiempo suficiente para que me empapara de todo lo necesario, para que investigara, tanto sobre la época, como en todas las películas posibles, para que me rodeara del mejor equipo, para asistir a cuantas clases y cursos fuera necesario; además, el productor de la película me ofrecía la posibilidad de meterme en el equipo de vestuario de otras producciones, de cine y de publicidad, para que fuera cogiendo callo. E iba a contar con la ayuda de las mejores sastrerías y almacenes de vestuario de época de Madrid. En el peor de los casos siempre podría *customizar* alguno de los trajes que me ofrecían.

—Y si al final ves que no llegas, que te viene grande, tranquila, ponemos a un primer espada trabajando codo a codo contigo —dijo Mario, el director.

Y eso me acabó de convencer. ¿Cómo iba a decir que no a semejante oportunidad? Sobre todo sabiendo que hasta me ponían una red por si acaso no llegaba o por si acaso me estrellaba. Y la posibilidad de entrar a formar parte de otras producciones y de aprender de los profesionales que llevaban años en eso era demasiado tentadora como para rechazarla. Acepté y empezó la vorágine.

Yo tenía que ir asimilando a toda velocidad los secretos y métodos de esta profesión, mientras iba trabajando de curri-to en cada una de las producciones, y aunque cada día aprendía y absorbía lo más posible, me daba cuenta de que estaba muy pez, y que tenía que aprender más y más rápido. Estaba desbordada. Y tenía que empezar a sacar tiempo además para ir preparando la película. Ya solo leyendo las nuevas versiones del guion que cada dos semanas iba cambiando

Mario, el director, se me iban muchas horas. Y cada día me daba nuevas referencias, nuevas películas, nuevas obras de teatro, nuevas pinturas, para ver, para incluir como inspiración en mi trabajo.

¿Era el mejor momento para plantearse tener una familia? Sin duda era el peor. Pero cuando Aarón volvió a insistir —«Sara, tengamos un hijo»—, yo, que debería haberle dicho que no, solo puede decir...

—Y cinco. Yo contigo tengo hasta familia numerosa.

Y nos pusimos a ello. Con ganas. Y al segundo mes, así de rápido fue la cosa, el predictor confirmó que estábamos embarazados. Abrazos, gritos de alegría, un poquito de vértigo, para qué negarlo, fiesta, mucha fiesta, para acallar ese no sé qué de susto que también teníamos en el cuerpo, que una cosa era fantasear con la idea y otra, que ya fuera una realidad. Y champán para celebrarlo, aunque solo un vasito, que yo ya tenía que dejar de beber. Ese fue el primero de todos los cambios que iban a venir a continuación. Y ahí debí empezar a darme cuenta de lo que se me venía encima.

Aarón quería contárselo a todos cuanto antes. A mi familia, a mis amigos, a los suyos, a su banda, a la compañía de discos. Que digo yo que qué necesidad de contárselo a la compañía de discos. Ni a ellos ni a nadie. Al menos no por ahora. ¿Y si la cosa se malograba? ¿No decían todas las guías parentales, los ginecólogos y toda la comunidad científica que hasta el tercer mes era mejor estar calladitos, porque la posibilidad de aborto natural era más que probable? Esa era mi gran excusa para no decir nada. Porque yo quería que por ahora fuera solo cosa de nosotros dos. Ya habría tiempo de gritarlo a los cuatro vientos.

—Las buenas noticias están para compartirlas. Ya hay demasiadas desgracias en el mundo como para que no compartamos lo bueno que nos pasa, ¿no?

—No cuesta nada esperar un mes.

—Un mes es mucho tiempo.

—Un mes pasa enseguida.

—Hagamos una cosa. Después de que vuelva del concierto en Santo Domingo, lo contamos. Organizamos una cena aquí en casa o en casa de tus padres y les decimos que van a ser abuelos.

Y aunque yo no estaba por la labor, tuve que ceder ante la insistencia. Porque me di cuenta de que no iba a parar hasta salirse con la suya. Estaba descubriendo una nueva cara de Aarón. Si con su música era apasionado, con su futura paternidad iba más allá de la pasión. De repente le apetecía meterse en todas las tiendas de niños del barrio, a comparar biberones, carritos, cambiadores... Yo no quería comprar nada, porque estaba convencida de que nos acabarían regalando de todo, o heredando de hijos de amigos. Me tenía un tanto perpleja toda la industria que había formada en torno a los niños y no me apetecía caer en esa fiebre consumista. Y él, ante la frustración de no darle el gusto de la ropa de bebé ni de los biberones, se empeñaba en comprar todos los libros infantiles o sobre padres que veía.

—¿Qué pasa? —preguntaba cada vez que cogía un nuevo libro y yo le miraba con cara de hastío—. Este no lo tenemos, ¿no?

—Si es que va a decir lo mismo que los cinco anteriores...

—Un poco de entusiasmo no te va a matar, Sara.

—Cómo se nota que a ti no te van a salir estrías, ni vas a vomitar por las mañanas, ni te vas a poner gordo, ni...

—Va a ir todo bien —dijo, besándome, mientras descartaba un babero demasiado poco colorido de una tienda *hipster* de Malasaña. La cantidad de tiendas de niños que había en mi barrio a las que yo era ajena hasta ese momento—. Va a ir todo bien. Ya lo verás. Se te van a poner unas tetas preciosas, con las hormonas vas a tener ganas de hacerlo a cada hora.

—¿Más de las que tengo? Lo dudo.

Porque yo no necesitaba estar embarazada para tener ganas de Aarón. Esas jamás me iban a faltar. Y, ay, cómo lo echaba de menos cada vez que se iba con la banda de concierto. Empezaba a cogerle tirria a todo el continente americano con tanto viaje. Y ganas me entraban de utilizar mi nuevo estado de premamá para chantajearle y obligarle a quedarse en casa.

—¿De verdad vas a dejar a la madre de tu futuro hijo aquí en Madrid?

—Vente.

—Ojalá pudiera dejar el trabajo.

Porque bastante duro iba a ser contarles que me había quedado embarazada como para encima empezar a escaquearme e irme de gira con mi novio el famoso.

Aarón volvió de Santo Domingo y esa misma noche nos presentamos en la casa de Aravaca de mis padres. Nos abrió la puerta Lu. Ninguno de los dos contábamos con ella, pero debimos disimular muy bien nuestra cara de sorpresa, porque ella ni se inmutó. Estaba radiante, esplendorosa con sus veinte años, y vestida como para una entrega de premios, con un vestido que solo le queda bien a alguien con su edad y su cuerpo. Lo que en las perchas de otras quedaría choni o vulgar, en la suya, sentaba sublime. Sí, sublime. El adjetivo puede sonar exagerado, pero en el cuerpo de mi hermana hasta quedaba corto.

—Vais a flipar cuando veáis con quién están papá y mamá.

—¿Pero ha venido más gente? Si nosotros solo queríamos hablar con ellos. ¿Y tú por qué vas vestida así? —He de reconocer que no me sentía del todo cómoda cuando explotaba todo su *sexy* potencial, sobre todo si Aarón estaba cerca. ¿Lo hacía para demostrarle, demostrarme, que si quisiera podría atraerlo de nuevo, llevárselo de calle? Pero mejor no emparanoiarse, ni pensarlo, sobre todo porque Aarón estaba conmigo y era conmigo con quien quería formar una familia.

—Porque luego tengo una fiesta. ¿Estoy guapa?

—Tú siempre —contestó Aarón. Y a mí se me escapó una mirada de reproche que él no pilló, pero que no le pasó desapercibida a mi hermana. Creí verla sonreír victoriosa. Aunque a lo mejor eran todo cosas mías. ¿Por qué me iba a sentir amenazada por ese pibón despampanante con el que el futuro padre de mi hijo había estado a punto de casarse?

—Vais a flipar cuando veáis quién está aquí.

Lu nos llevó hasta el jardín, el lugar donde siempre se celebraban las comidas y cenas familiares, y allí nos topamos con mi padre sirviéndole una copa a Ismael, el encargado del zoo, el que hasta hace nada había sido amante de mamá.

¿Pero qué hacía aquí y qué hacía mi padre hablando amistosamente con él?

—¡Sara, Aarón! —nos saludó mi padre con gran desenfado—. Mirad quién ha venido a hacernos una visita. ¿Os acordáis de él?

Yo miré a mi hermana, muda de la impresión. Mientras ella susurraba:

—¿Qué te parecen los viejos? Que ahora le van los tríos. Qué *cracks*.

—No digas tonterías —repliqué.

—¿Te acuerdas o no te acuerdas de él? —insistió mi padre.

—Claro... ¿Qué tal, Ismael? ¿Te quedas a cenar?

—Tu madre se ha empeñado —contestó Ismael un tanto incómodo—. Pero si molesto... me voy ahora mismo.

—No, no, si ella te ha invitado...

—Y yo, y yo, yo también le he invitado —dijo mi padre.

—Ah... —Yo intentaba que no se me notara la cara de pavo que estaba poniendo, pero me temo que con escaso éxito. De locos, esto era de locos—. ¿Y mamá, dónde está?

—Arriba, poniéndose guapa. No sé si para él o para mí —bromeó mi padre.

—Voy a la cocina a por... algo de beber... ¿Me acompañas, Aarón?

—Eh...

—¡Que me acompañes!

Entramos a la cocina.

—Tenemos que abortar.

—¿Abortar? ¿Cómo abortar? —preguntó con gesto de pánico.

—La misión, digo. Que con Lu y con el del zoo no vamos a contarles nada. ¿Pero qué hace Ismael aquí? Yo alucino. Abortamos misión. Cenamos, hablamos del tiempo y ya otro día...

—¿A que es fuerte? —preguntó Lu, que acababa de entrar por la puerta—. ¿Se lo estarán montando los tres?

—Lu, por favor, no disparates.

—Pues oye, si les va bien, a mí cualquier tipo de relación mientras funcione me parece estupenda. Yo, de hecho, estoy abierta a todo.

—Tú más bien estás abierta a todos.

—Más rancia y te agrietas. Y te pega muy poco ser así, Sara. Que en esta vida se trata de encontrar tu lugar, y a veces tu lugar puede estar con dos personas, o con más o... Y si a ellos les va bien, pues fantástico. ¿Y vosotros qué? —preguntó, dándole una palmada en el culo a Aarón. Qué mal llevaba que se tomara esas confianzas con él.

—¿Quieres dejar de darle palmadas en el culo?

—Rancia y absurda. Yo no sé cómo te aguanta. A ver, ¿qué es eso tan importante que tenéis que contar?

—¡Nada! —me adelanté yo y miré a Aarón para que me imitara.

—Nada —contestó él.

A mi hermana se le iluminó la cara.

—¡No! —dijo, como si ya intuyera lo que íbamos a decirle—. ¡Entonces es verdad!

—¿El qué es verdad?

—Mamá tiene razón. Venís a contarnos que estáis embarazados.

—¿Qué? —exclamé, escupiendo la uva que acababa de robar del frutero—. ¿Y mamá cómo lo sabe?

Lu se quedó un momento en silencio, asimilando la información. Y, sin venir a cuento, le entró la risa floja.

—Vais a tener un niño, qué fuerte. Qué fuerte.

—Gracioso tampoco es, digo yo.

—Hombre, si piensas que hace menos de un año aquí el semental se iba a casar conmigo. Yo creo que un poquito de gracia tiene. Qué fuerte.

—Pensé que eso lo teníamos superado. Pero entre tus comentarios y las palmaditas —y ese vestido, pensé, pero no se lo dije—, me preocupas.

—No digas tonterías. Claro que está superado. Si es pensar que tuvimos algo y, ay... Ascazo.

—Gracias, hermosa —respondió algo dolido Aarón.

—Si yo solo digo que el momentazo es *heavy*, ¿no me digáis que no? Mamá, aquí con su amante y con papá y tú, con mi ex anunciando que vais a tener un niño. Los del National Geographic podían hacer una serie documental con esta fa-

milia. —Y gritó con todas sus fuerzas, tanto que seguro que la oyeron en toda la urbanización—: ¡Mamá! ¡Que sí, que la ha dejado preñada!

—¿Te quieres callar? Que no queremos anunciarlo ahora con Ismael aquí.

—¿Por qué no? ¡Mamá, papá!

Yo la rodeé por la espalda y traté de taponarle la boca y así nos encontraron mi padre, Ismael y mi madre, que entraron en la cocina casi a la vez. Mi madre, vestida como para una boda, pero una boda guarra. Vamos, que yo nunca la había visto con semejante escote. Y ahí empecé a intuir que a lo mejor la conclusión a la que había llegado Lu no era tan descabellada. ¿Sería verdad? ¿Se lo estarían montando los tres? Y mi padre trinchando un filete que debía de haber puesto hacía un segundo en la barbacoa.

—¿Qué pasa? —preguntó mi madre—. ¿A qué viene este jaleo?

—¿Y ese escote? ¿A qué viene ese escote y ese maquillaje? —me salió del alma.

Mi madre se tapó un poco el pecho.

—Voy como siempre. No digas tonterías. ¿Qué pasa?

—La ha *dejjjjaaaoo brññañadd...* —trató de decir Lu.

—¿Qué dice tu hermana? Quítale la mano de la boca, por favor, ¿qué va a pensar Ismael de esta familia?

Encima ahora nos teníamos que preocupar por lo que pensara Ismael. ¿Y lo que pensábamos nosotros, qué? ¿Eh? Que estás casi con las tetas fuera y con papá y con tu ex amante, o amante, o... yo qué sé qué, a tu lado.

—¡Que sueltes a tu hermana, Sara!

La solté, qué remedio.

—¡Que la ha dejado preñada!

Mi madre se puso a dar vueltas por la cocina, como si fuera un juguete al que le hubieran dado cuerda.

—Lo sabía, lo sabía, lo sabía... ¿Qué te decía, Arturo? La niña se ha dejado hacer un bombo.

—Una expresión preciosa, mamá. Muchas gracias —contesté de mala leche.

—¿Me vais a hacer abuelo? ¿A mí? Ay, Berta, abuelos, que vamos a ser abuelos. ¿Has oído, Ismael? Abuelos.

Corrió a abrazarnos emocionado.

—Que me vais a dar un nieto. Y con tu planta —dijo, tocándole los abdominales a Aarón—. Y esas piernas y esa melenaza. Va a salir guapísimo. —Miró a Ismael—. Y buena persona. Que el chaval tiene muy buen fondo.

—Gra... gracias, Arturo, se agradecen tus palabras —respondió Aarón.

—Y listo o lista —continuó diciendo mi padre. Y ahí me miró a mí.

—Eso creo que es lo que aportas tú. La inteligencia. Aunque va apañado el chaval —puntualizó Lu, como si la escena necesitara de algún tipo de audio del director.

—Lo que voy a presumir siendo abuelo.

—Que sí, Arturo, que sí. Ya ha quedado claro —refunfuñó mi madre—. ¿De cuánto estás?

—Dos meses y medio.

—Ah, bien... bien... —dijo con cierto alivio—. Aún estáis a tiempo de que no sea irreversible.

—¡Mamá! —protesté escandalizada

—¡Berta! —gritó mi padre—. Tienes cada cosa.

Ante la mirada de reproche que mi padre le echó a mi madre, ella por fin cambió un poco de actitud.

—Primero tendré que hacerme a la idea. Y luego ya... ya.

—¡Abuelos! —exclamó mi padre de nuevo.

—¡Arturo, vuelve a decir la palabrita de las narices y te tragas el filete sin masticar!

—Pero una abuela muy *sexy* —matizó un descarado Ismael.

—Gracias, Isma, por fin una palabra amable. Que una parece que se arregla aquí para las paredes.

—Si estás guapa siempre —concluyó mi padre.

—¿Pero nos queréis hacer caso a nosotros? —exclamé nerviosa—. Que ya sé que estaréis muy obsesionados con eso vuestro que os traéis los tres...

—¿Pero qué nos vamos a traer los tres? —preguntó mi madre—. Nosotros no nos traemos nada. Y digo yo, solo por preguntar, las prisas que os han entrado, ¿a qué se deben? —insistió mi madre—. ¿O es que ninguno de los dos conocíais el uso de los anticonceptivos? Porque yo, Is-

mael, bien que les hablé de sexo cuando cumplieron once años...

—Yo aún tengo pesadillas —admitió Lu—. Hasta que le pusimos un condón a dos docenas de plátanos no paró.

—Es un niño deseado —dije yo como una repipi.

—¿Por ti o por él? —preguntó mi madre. Que estaba despechugada e hija de puta como pocas veces.

—Por los dos, Berta, por los dos —aclaró Aarón de manera un tanto seca. Se ve que ya se empezaba a cansar de las impertinencias de mi madre. Y eso que siempre tenía con ella una paciencia infinita—. Y que digo yo que si aquí todos nos alegramos por todo y no juzgamos a nadie, un poquito de reciprocidad tampoco estaría de más.

Cómo me gustaba cuando se ponía así, en plan caballero andante, tan quijotesco, enfrentándose al molino gigante y despechugado de mi madre.

—¿Y a tu novio qué mosca le ha picado?

—Alguien te tenía que poner en tu sitio —respondí yo.

—Pues fíjate que no me pegaba que un rockero tuviera tantas ganas de atarse a un niño —dijo con más mala leche aún. Se ve que no tenía fondo, la jodida. Cómo se retorció cuando se veía atacada. Menudo escorpión.

—Siempre he querido ser padre.

—Ah, bueno, pues si es así, todos contentos. El cantante quería ser padre y ya encontró a una para conseguirlo. —Miró a Lu—. Al final, tú has resultado ser la más lista.

—¿Mamá, se puede saber qué te pasa? Estás más desagradable y folclórica que de costumbre. ¿Es porque está Ismael aquí?

—¿Yo? ¿Yo desagradable? ¿Yo folclórica? Pero qué ocurrencias. Yo estoy como siempre.

—Tú tranquila, hija, que con dos martinis se le pasa el sofocón —aseguró mi padre.

—¡Ya no bebo!

—¿Y eso que tienes en la mano qué es?

Porque mi madre llevaba una copa de martini en su mano derecha. Debía de haber subido con ella para tener compañía mientras se maquillaba.

—¡No cambiéis de tema!

—Bueno, pues ya si eso nos vamos y dejamos la cena para otro día —dije, harta ya de tanto drama absurdo, y me dirigí a la entrada. Mi padre se interpuso en mi camino.

—Sara, si tu madre está así, es porque no quiere que la llamen abuela. Si cuando se haga a la idea, va a ser la abuela más abuela de todas las abuelas. ¿A que sí, cariño?

—Mi madre le echó tal mirada de odio que llega a haber cubitos de hielo cerca y los derrite.

—Me están entrando unas ganas de... de... Que mejor me voy al jardín. ¿Te vienes, Ismael? Y me pones un martini como tú sabes.

—Si yo no bebo.

—Poner un martini tampoco es tan difícil, ya verás.

Y salió de la cocina con la cabeza bien alta. Exageradamente alta. Cogiendo a Ismael de la mano y arrastrándolo con él. Qué dominio de la escena y del momento.

—Papá, ya te vale con tanto repetir lo de abuela —le regañó Lu.

—Terapia de choque, cuanto antes se enfrente a ello mejor. —Y sin más, concluyó—: Habrá que poner champán a enfriar.

—¿Para celebrar lo del niño o lo vuestro? —malmetió Lu. Pero mi padre decidió ignorarla.

—Lo de mamá es de traca —dije a modo de desahogo—. Mira que no sabía por dónde iba a salir, pero que se pusiera así, pues no, no. ¿Y qué hace aquí Ismael, y a ti por qué te parece bien que esté?

—¿Dónde guardará tu madre el champán? A ver si en el congelador.

—¡Papá! —insistí.

—Dos martinis, corazón, está a dos martinis de ser feliz con la idea de ser abuela. No te preocupes.

Hicieron falta siete. Siete y que soltara entre martini y martini todo su veneno.

—Y ahora que aumentáis la familia ¿dónde vais a montar el nido? —preguntó, copa en mano.

—¿Qué nido?

—Arturo, ¿aún no se lo has dicho?

—Mujer, ya habrá tiempo, ahora estamos celebrando lo del bebé.

—¿Qué me tienes que decir? —Yo ya no sé si podía con más sorpresas.

—Venga, dilo, o lo digo yo —lo animó. Así que mi padre se vio obligado a contarlo. Aunque se le veía azorado, al hombre.

—Que no podemos atrasar más la obra de la casa de la abuela. El informe que han hecho del edificio es peor de lo que pensábamos...

—En tres semanas entran los obreros —dijo mi madre, disfrutando del momento.

—¿Qué? ¿Pero...? ¿Pero...?

—A ver, ¿aquí el padre no está ganando su dinerito con los conciertos? Pues para el alquiler de un pisito os dará, ¿no?

—Y yo también estoy ganando dinero, mamá.

—Cuando estés con la barriga de ocho meses ya me dirás el dinero que estarás ganando. ¿Y ya saben en esa productora que estás en estado? Les va a encantar la idea. Les va a encantar.

Decidí ignorarla. Me dirigí a mi padre.

—¿Pero no nos podíais haber dicho antes lo de los obreros? —protesté desbordada.

—Hija, lo sabéis desde hace meses.

—Pero no que... no que...

—Siempre os podéis venir aquí hasta que encontréis algo —convino mi padre.

—Eso, siempre os podéis venir con el trío. Y montar un circo —bromeó Lu.

—Gracias, Arturo, pero nos apañaremos —zanjó Aarón, saliendo al quite—. Ya sabíamos que no íbamos a estar en la casa de la abuela para siempre. No pasa nada, ¿verdad, Sara?

—A ver... para siempre no, ya sabíamos que había que hacer reforma. ¿Cuántos meses va a durar la obra?

—No creo que llegue al año.

—Vale, así que solo tenemos que alquilar una nueva casa por un año. Y luego ya podemos volver.

—A ver, yo no contaría con la casa de la abuela —soltó mi madre.

—¿Por qué?

La posibilidad de perder mi casa, o sea la casa de mi abuela, y no volver a ella me heló la sangre. Había imaginado mi vida ahí, mi futuro ahí, teniendo una familia ahí, criando a mi hijo ahí, siendo feliz con Aarón ahí. ¿Cómo iba a ser posible que yo no volviera a esa casa? De eso nada.

—Sara, porque tú ya no tienes tienda, ya no necesitas el bajo. Y a lo mejor tu padre quiere alquilar bajo y primero.

—Pero... pero...

—Y tampoco querrás criar a tu hijo en la plaza del Dos de Mayo. O te sale yonqui o *hipster*.

Yo estaba tan sofocada que ni quise replicar la burrada de mi madre. La idea de no volver a la casa de mi abuela, al nido de amor de Aarón y mío, al lugar en donde había vivido lo mejor de mi vida, me aterraba.

—Pero, papá...

—Bueno, aún es pronto para tomar decisiones —contestó mi padre. Pero no me satisfizo su respuesta. ¿Por qué no se mostraba tajante y decía que la casa era para mí?

—En algún momento habrá que tomarlas —concluyó mi madre.

La observé. Se la veía pletórica.

—Tú estás disfrutando.

—¿Yo? ¿De dejar a mi hija en la calle? No sé qué clase de concepto tienes de mí.

—¿Te lo cuento?

—Tú ponle otro martini —dijo mi hermana.

Y con el siguiente martini más que veneno le dio por pasearse y coquetear con mi padre y con el otro. Y los dos ahí, encantados. Un bochorno. Aproveché que mi padre iba a por helado para abordarlo.

—Papá, ¿pero... a ti te parece normal todo esto?

—Tu madre se siente insegura. Entre mis viajes a China y que ya se barruntaba que la ibas a hacer abuela, pues necesitaba un poco de vidilla. Pero es todo muy inocente.

—Fíate tú de las inocentes —solté sin apenas darme cuenta—. ¿Pero a ti te parece bien?

—Yo, mientras esté conmigo y sea feliz. Y mírala, lo bien que se la ve. A un tris de aceptar que va a tener un nieto.

Y tenía razón; por fin, al séptimo martini mi madre acabó desafinando una nana con su cabeza pegada a mi barriga.

—«Estas son las mañanitas que cantaba el rey David...».

Mi padre aprovechó para ir a por el ukelele que le había regalado Aarón las pasadas Navidades y se lo entregó al padre de mi futuro hijo para que acompañara la nana con unos acordes y para que hiciera la segunda voz. Yo negué, le dije que no hacía falta, pero Aarón no me hizo caso y se puso a ello encantado y feliz de que por fin mi madre se estuviera comportando como una abuela al uso. Un poco borracha, pero al uso.

—«Despierta mi bien despierta, mira que ya amaneció. Ya los pajaritos cantan, la luna ya se escondió...».

Las estrellas en el cielo iluminaban el improvisado concierto y el momento tan cursi en el jardín de Aravaca mientras Lu se servía una copa para ella y otra para el examante de mamá.

—Es que es muy fuerte. Muy fuerte —decía mi hermana mientras cargaba bien las copas.

Sí, todos parecíamos por fin felices. Pero ahora que mi madre, a base de martini, abrazaba su *abuelidad*, a mí todas sus reticencias me habían empezado a hacer mella, y me habían producido una desazón que no hubiera admitido delante de nadie, pero que estaban ahí, bien dentro, como un runrún que empezaba a carcomerme. ¿Y si no le faltaba parte de razón? ¿Y si nos estábamos equivocando con la idea del niño?